



EL GRAN DESLIZAMIENTO

MASSIMO LA TORRE

I

Puntuales, en otoño llegan las lluvias intensas a Italia y, cada vez con más frecuencia, la tierra se deshace. Se desliza. Colapsa. Colinas enteras y trozos de montañas colapsan y el lodo invade pueblos, aldeas y ciudades. Este es el resultado de décadas de abandono e incuria de los bosques, florestas y cultivos. Antes, las colinas italianas estaban bien cuidadas, excavadas en terrazas escalonadas para permitir su uso agrícola desde Liguria hasta Sicilia. Sin embargo, la gran migración de los campos, el éxodo masivo de las zonas rurales hacia las ciudades, de los huertos a las fábricas, así como el fin de la cultura milenaria de los campesinos, ha modificado el paisaje y la estructura geológica de lo que solía ser la Bella Italia, y no solo de ella. En España ya hay cientos de antiguos pueblos con solo unas pocas decenas de habitantes, generalmente ancianos que se resisten a desprenderse de lo que ha sido su mundo. Muchos otros pueblos son solo montones de casas desoladas, en los cuales nadie vive, donde ya no se oye el eco de voces humanas. Piedras sobre piedras que comienzan a tambalearse y a ceder. En resumen, nos enfrentamos a un gran deslizamiento de tierra y piedras, una vez sólidos cuerpos sobre los que vivir, caminar, construir y producir, y que ahora se derrumban miserablemente.

Sin embargo, hay un fenómeno más general de deslizamiento y es el que afecta al sistema de relaciones entre Estados y naciones tal como se construyó al final de la Segunda Guerra Mundial y que fue precedido por un deslizamiento interno dentro de los Estados. Después de la Segunda Guerra Mundial, tras sus destrucciones y masacres, se pone en marcha un esfuerzo de reconstrucción de las relaciones políticas y económicas tanto a nivel nacional como internacional. A nivel interno de los Estados se observa una reafirmación de la política de intervención pública con un enfoque claramente social. Se propone el *Estado social*, también como alternativa a los programas más radicales, los comunistas, de socialización de la economía. Se impone la economía mixta, en la cual el papel de la intervención pública es fundamental. En Italia, en este sentido, es paradigmática la acción del Istituto per la Ricostruzione Industriale (I.R.I.), que se encarga, con una perspectiva estatal, de la política energética del país. El Estado en primera persona se convierte en actor productivo, manejando directamente, por ejemplo, piezas de sectores económicos como el de la energía o el de la automoción y la siderurgia. En Francia sucede algo similar con la aceptación de la idea de planes de desarrollo y de política industrial pensados para un período plurianual.

Al mismo tiempo, se otorgan constituciones de una evidente inspiración solidaria. La figura central de referencia aquí, podríamos decir el mito fundacional, es el trabajo, no la empresa, como queda explícito en el texto del artículo uno de la constitución republicana italiana. Sin embargo, la reconstitución de una densa dimensión pública se hace sin proponer de nuevo el antiguo esquema anárquico de relaciones internacionales, dictado por una idea absoluta de soberanía nacional. Esta se abre, se enfrenta y se modera con el Derecho internacional. Se prohíbe en primer lugar la guerra como instrumento de política exterior. Esto encuentra una correspondencia supranacional en el orden normativo de la nueva Organización de las Naciones Unidas. El proyecto y la obra, en resumen, consisten en regular relaciones y territorios antes solo dirigidos por las dinámicas de fuerza existentes. Se confía en el Derecho conjugado con lo público y con la solidaridad. Esto es también especialmente válido en lo que concierne al orden económico internacional, cuyo momento, digamos constitucional, es dado por los acuerdos de Bretton Woods en 1944. Los intercambios de mercancías y moneda entre los países que se adhieren a los acuerdos están estructurados según reglas precisas y bastante rígidas, sin prever, paradigmáticamente, libertad alguna de circulación de capitales, y esas normas son acompañadas, para asegurar que sean observadas y resulten eficaces, por la creación de órganos como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, cuyo objetivo es intervenir allí donde se creen fuertes desequilibrios en las balanzas de pagos. Asimismo, se elabora una nueva e importante narrativa que permea el discurso hegemónico en la esfera pública.

La nueva narrativa se articula a través de dos pernos. El primero, la puesta en duda del mercado competitivo del capitalismo sin reglas. Esto es tan compartido que el propio movimiento de reafirmación capitalista parte de una suposición similar. El capitalismo dejado a sí mismo es destructivo y autodestructivo. A partir de esto, se extraen tres lecciones en conflicto entre sí: por un lado la radical, según la cual el capitalismo debe ser reemplazado por una economía socialista, y por otro las neconservadoras ordoliberal y neoliberal, según las cuales el capitalismo debe darse un marco institucional fuerte para sobrevivir.

Para la socialdemocracia, que es la tercera propuesta, las instituciones deben servir para moderar o domesticar, incluso para vencer, al capitalismo. Para el neoliberalismo y el ordoliberalismo, las instituciones tienen la función de hacer posible y promover el capitalismo. En cierta medida, la lógica es la misma y el papel del Derecho en ambos casos es instrumental, orientado a la eficiencia y dictado por un imperativo ideológico de necesidad. Por lo tanto, también se da prioridad a la interpretación ideológica de las disposiciones normativas y de los derechos subjetivos, así como al uso indiscriminado del principio de proporcionalidad, comenzando con la jurisprudencia constitucional de la Alemania Federal, como *Grundnorm* del orden constitucional, si bien la centralidad del Derecho en el neoliberalismo es reemplazada por la centralidad de la política y del ejecutivo, rasgo que paradójicamente lo une al Estado de Bienestar más intervencionista. Sin embargo, en este último caso es el burócrata quien dicta la norma, mientras que en el neoliberalismo, como enseña el modelo estadounidense, desde Reagan hasta hoy, es el político quien asume este papel. La narrativa en los dos modelos, sin embargo, es opuesta. La socialdemocracia nos cuenta que el mercado es una dimensión peligrosa y arriesgada que debe ser controlada y reducida. El neoliberalismo, sin embargo, aun siendo a su manera intervencionista, nos presenta el mercado como la solución a todos los problemas económicos e incluso sociales; la panacea es entonces la competencia acompañada de la transformación del trabajador en emprendedor. No tendremos así más que vendedores y consumidores en el terreno social. El vínculo de solidaridad se

reinterpreta en términos sinalagmáticos, como una red de contratos, en un régimen de competencia.

El segundo perno, la segunda de las narrativas, digamos fundacionales, de la época de posguerra nos dice que existe un sistema pacífico organizado de relaciones entre Estados. La guerra ha sido prohibida en principio y, por lo tanto, considerada una violación del Derecho internacional. Esto se refleja en los dictados de varias nuevas constituciones, especialmente la italiana. También se manifiesta en la amplia red de organizaciones internacionales que acompañan el surgimiento de la Organización de las Naciones Unidas. Particularmente importantes –como ya se ha dicho -- son los acuerdos de Bretton Woods, firmados ya en julio de 1944, en plena guerra, mediante los cuales se estructuraba un sistema internacional de relaciones de cambio entre monedas vinculadas al dólar y este a una cierta cantidad de oro. El sistema cayó el 15 de agosto de 1971, cuando el presidente Nixon quiso tener las manos libres para imprimir moneda sin tener que depender de sus reservas nacionales de oro. Desde entonces no hemos tenido un sistema regulado de cambio, excepto en la zona euro, la cual ha endurecido la idea original de Bretton Woods y ha reintroducido un simulacro del *gold standard*, el sistema áureo.

También hemos tenido un sistema internacional que regulaba el comercio internacional coordinando las políticas proteccionistas, controles aduaneros y límites a la importación, de los diferentes Estados miembros, el GATT antes y, más reciente y generosamente liberista, la Organización Mundial del Comercio, que hoy en día está en crisis, incapaz como es de operar especialmente en las relaciones comerciales entre China y Estados Unidos. Pero es el tabú de la guerra o su veto el que ha saltado, de manera progresiva, a partir de la caída del Muro de Berlín. Ni un año después estalló la primera guerra del Golfo, la intervención masiva de Estados Unidos en Irak, celebrada como una contribución eficaz a la paz mundial. Pero lo que se mostró al mundo fue la inmensa capacidad militar y la potencia de fuego de la maquinaria militar estadounidense. Mientras tanto se deshacía la Unión Soviética y, con ella, Yugoslavia, donde nuevas y terribles guerras se desataban en el corazón de Europa, a unos cientos de kilómetros de Trieste. Matanzas, limpieza étnica, nuevo holocausto.

En 1999 la OTAN bombardea Belgrado, capital de Serbia, sin la cobertura de una resolución del Consejo de Seguridad de la ONU. Y llegamos al 11 de septiembre de 2001 y al ataque a las Torres Gemelas en Nueva York, que llevó a la invasión de Afganistán, una guerra con el objetivo de expulsar a los Talibanes que duró más de veinte años pero que terminó finalmente con la entrega del país a dichos grupos extremistas tras una humillante retirada. Sin embargo, el evento decisivo fue el ataque y la invasión del pacífico Irak en marzo de 2003 por parte de Estados Unidos. Pacífico, sí, porque Irak se encontraba en un estado de absoluta debilidad militar tras la primera guerra del Golfo, aquella del otoño de 1990, en la cual Estados Unidos, ante la todavía operativa Unión Soviética liderada por Gorbachov, demostraron al mundo que había terminado la Guerra Fría y que ahora había una sola potencia dominante en el mundo, la americana, capaz de intervenir militarmente en cualquier lugar que considerara necesario.

II

Con la segunda guerra del Golfo, la de 2003, se daba legitimidad definitiva a la guerra preventiva, que había escandalizado a Hans Kelsen y había sido celebrada por Michael Walzer. El *ius ad bellum* volvía a ser el eje central de la soberanía estatal, o mejor dicho imperial, ya que en realidad solo se concedía a poderes especialmente fuertes y protegidos. En el primer decenio del nuevo siglo, había un momento neo-imperial en

el cual el Occidente anglo-americano se presentaba con las vestimentas de imperio más o menos benévolo capaz de hacerse cargo de la *gobernanza* global. «Imperio» y «gobernanza» son dos términos que refieren el uno al otro. Ambos, en efecto, implican cierto rechazo a la centralidad del Estado y su ideal aspiración a ser un «Estado de derecho», una máquina sujeta a normas jurídicas y procedimientos públicos e institucionales de deliberación y control. Un imperio, en cambio, se refiere a un poder cuyos contornos y límites, cuyas reglas de juego, no están circunscritos y definidos de una vez por todas. El imperio es una forma «líquida» de gobierno, y así también la «gobernanza», que se proyecta como *soft power* y *soft law*, y cuyo ejemplo más claro sería proporcionado por la Unión Europea y su moneda única, el Euro. El Eurogrupo, que decide sobre el euro y su gestión financiera y económica, es ejemplo de un órgano de «gobernanza». Allí no hay reglas internas de conducta, al menos formales, no hay actas de las reuniones, y sin embargo es este él que decide el destino de las economías y los países de la zona euro. El ministro griego Yanis Varoufakis nos ha ilustrado bien (en su libro *Adults in the Room*, 2017) las opacas dinámicas de toma de decisiones de un órgano que opera de tal modo a pesar de la proclamada democracia de la construcción institucional de la Unión Europea (véase el art. 2 del Tratado, T.U.E., de Lisboa).

De «imperio» parecen embriagados los politólogos estadounidenses al hablar de la segunda guerra del Golfo. El historiador británico Niall Ferguson es particularmente elocuente al respecto. Es el autor, entre otras cosas, de una historia del Imperio Británico, *Empire: How Britain Made the Modern World* (2003), de otra reconstrucción del poder imperial estadounidense, *Colossus: The Rise and Fall of the American Empire* (2004), y de una meditación sobre la civilización occidental como contrapuesta al resto, *Civilization: The West and the Rest* (2011). Según él, el problema de Occidente, especialmente de los Estados Unidos, es no tener el coraje de reivindicar su poder abrumador de supremacía sobre el resto del mundo. «Los Estados Unidos son un imperio, en resumen, que no se atreve a decir que lo es». En cambio, debería asumir «la carga del hombre blanco», como lo hizo orgullosamente Gran Bretaña durante dos siglos. Pero los estadounidenses prefieren trabajar en Wall Street para enriquecerse en lugar de calzarse el casco e ir a civilizar y pacificar Oriente. «Los mejores y más brillantes de América no aspiran a gobernar Mesopotamia sino a manejar MTV; no a gobernar el Hedjaz sino a dirigir un *hedge fund*». Lo que se debe lograr, por lo tanto, es la «Anglobalización». Todas estas tesis están bastante en línea con Ann Coulter, otra opinadora angloamericana, aunque mucho menos erudita que Ferguson, que sin tapujos nos dice que «Deberíamos invadir sus países, matar a sus líderes y convertirlos al cristianismo». Este fervor imperialista encuentra entonces un apoyo latino en las tesis defendidas por Elvira Roca Barea en su volumen *Imperiofobia y leyenda negra* (Ediciones Siruela, 2016), donde se diagnostica la decadencia de España en primer lugar y luego del Occidente, en general debido a su rechazo constitucional de la figura del Imperio y a la afirmación de una institución política alternativa, la república.

El neoimperialismo angloamericano se muestra abiertamente agresivo y militarista y entra en conflicto aparentemente con la tradición del constitucionalismo democrático europeo, cuyo principio fundamental y existencial es el rechazo a la guerra, es decir, el pacifismo y, con él, la atención a la justicia social y al bienestar difundido entre los ciudadanos. Pero ahora es precisamente eso lo que Estados Unidos reprochan a los europeos. Lean las palabras de Zbigniew Brzezinski, quien fuera consejero de seguridad nacional del presidente Carter y artífice de la trampa afgana en la que la Unión Soviética fue atraída en 1979. El estudioso y diplomático estadounidense escribe: «La recuperación económica de Europa ha ocultado los costos

a largo plazo de su aparente éxito. Estos costos son dañinos tanto económica como políticamente. La crisis de legitimidad política y de vitalidad económica que cada vez más afronta Europa occidental —pero no puede superar— está profundamente arraigada en la expansión generalizada de la estructura social patrocinada por el Estado que favorece el paternalismo, el proteccionismo y el provincianismo» (*The Grand Chessboard*, 2ª ed., p. 73).

El éxito económico de la Europa de posguerra, relacionado con su Estado social, habría hecho que los europeos se conviertan en un pueblo de hedonistas y sujetos acostumbrados a ser protegidos. Les faltan las virtudes viriles y militares. El Estado social y el pacifismo se refuerzan mutuamente en un círculo que Brzezinski considera vicioso. Entonces será necesario fortalecer a esta decadente grey de «socialistas» afeminados, y esto se hará reduciendo drásticamente el tamaño de la intervención pública y el bienestar. Se debe introducir de nuevo el mercado competitivo y la hegemonía de la empresa privada. Se necesita una buena y potente inyección de neoliberalismo, que tendrá como efecto colateral hacer caer, además de las tonterías socialistas, también las ilusiones pacifistas, remediando así la incapacidad de asumir responsabilidades militares e imperialistas.

El neoimperialismo y el neoliberalismo se relacionan estrechamente y se proyectan como un nuevo y robusto modelo de orden político interno y externo. Algo similar se encuentra en el ensayo de Robert Kagan, *Of Paradise and Power*, publicado en 2003, el año de la segunda guerra del Golfo. Kagan es, por cierto, el marido de Victoria Nuland, actual subsecretaria de Estado y responsable de la política estadounidense en Ucrania, muy presente y activa en 2014 en los acontecimientos de la Plaza de la Independencia de Kiev. Se podría decir, con el beneficio de la retrospectiva, que la guerra de estos meses comenzó allí, en esa plaza. La atención aguda de Estados Unidos sobre Ucrania también se ve claramente en el citado libro de Brzezinski, cuya primera edición es de 1996.

En resumen, se trata de un imperialismo más o menos liberal, el imperialismo *light*, que predica Michel Ignatieff, rector de la Universidad Centroeuropea con sede en Budapest y ahora en Viena. Un principio de este imperialismo «liberal» es la guerra preventiva, ya justificada por Michael Walzer en su libro *Just and Unjust Wars* de principios de los años setenta, legitimándose también de rebote, y en cascada con esta guerra preventiva que para Kelsen es un crimen de derecho internacional la pena preventiva, el tormento preventivo, la tortura, las *dirty hands*, con lo que se rompen los sellos de un tabú que doscientos años antes había sido impuesto por la obra civilizadora del Iluminismo, y cuya ruptura es ahora aprovechada por Rusia en su agresiva aventura de guerra preventiva en Ucrania. Pero, aun otro tabú está siendo cuestionado: el antifascismo.

La narrativa que se construye alrededor del nuevo orden mundial después de los horrores de la Segunda Guerra Mundial es que este orden es alternativo al que acaba de ser derrotado, al fascismo. El mal a vencer es el nazismo, el fascismo y el militarismo agresivo, del cual Japón representaba el modelo asiático, y Estados Unidos y la Unión Soviética están unidos en esta lucha antiautoritaria y civilizadora. Los prisioneros de Auschwitz son liberados por las tropas del Ejército Rojo, como cuenta Primo Levi. El fascismo es el enemigo por lo que es: un régimen de violencia por la violencia, de gusto por la violencia y la agresión, de exaltación de la desigualdad, de racismo extremo, de odio hacia los demás y hacia lo diferente, el arbitrio elevado a la enésima potencia, el culto al fuerte y al cruel, y el desprecio por lo débil y lo compasivo.

Alrededor de este rechazo del fascismo se construyen las constituciones de la posguerra, primera entre todas la italiana, pero también de manera prominente la

alemana. El constitucionalismo democrático europeo es antifascista. El Estado social, que es un efecto de estas constituciones, es antifascista, ya que se dirige a la realización de la igualdad sustancial y a la protección del más débil. Aquí el Derecho se humaniza y se convierte en garantía del más débil y frágil, no del más fuerte y robusto. A la voluntad de poder nietzscheana se opone, por parte de Konrad Hesse, gran jurista alemán, la *Wille zur Verfassung*, la «voluntad de constitución». De igual modo dice Wilhelm Kägi, un profesor suizo, que el constitucionalismo se opone al decisionismo schmittiano. El Estado no es anterior a la constitución en este modelo, sino que es su producto, y la constitución permea todo el orden jurídico, incluso el privado, incluso las relaciones de mercado. Se impone la *Drittwirkung*, el efecto horizontal de las normas constitucionales y de sus derechos fundamentales. La dignidad humana es intocable, no es negociable, *untastbar*, como se lee en el artículo 1 del *Grundgesetz*, la Ley Fundamental de Bonn. Y esto se basa en el rechazo del fascismo.

III

Pero ahora, tras 1989 y la caída de la Unión Soviética, es como si levantáramos una piedra bajo la cual bullían gusanos y escarabajos. Los viejos rencores resurgen, los viejos y apagados nacionalismos vuelven a ser crueles y ruidosos. El internacionalismo, aunque autoritario, del que los cuerpos políticos como la Unión Soviética y Yugoslavia eran, más o menos, portadores, colapsa miserablemente. El cemento civilizador de la unidad de los trabajadores, por muy ideológica que sea, es ridiculizado y rechazado en nombre primero del mercado capitalista y, tras esto, de la comunidad de sangre y de destino, de la etnia y, sí, también de nuevo de la raza. Y la historia se cuenta ahora de manera diferente.

En algunos países de Europa del Este, por odio al ruso, se valora la ocupación del alemán y del nazi durante la Segunda Guerra Mundial. Se olvidan las masacres de judíos en las que también participaron los nacionalistas locales, letones, lituanos, estonios, especialmente ucranianos, los hombres de Stepán Bandera, líder antisemita y fascista que es propuesto ahora como gran héroe nacional. Sus banderas rojas y negras ondean de nuevo en Kiev y en Odessa, en los mismos lugares donde habían sido impugnadas por las masacres de judíos.

Babi Yar, el holocausto judío de Kiev, sobre el cual se debe leer el doloroso testimonio de Anatoli Kuznecov (*Babi Yar: El vértigo del terror*, trad. esp. en Dima Ediciones, 1967), es en efecto cancelado de la memoria colectiva. «Sin ropa, se alineaban en cortas filas y se conducían a una fosa cavada rápidamente y con prisa en la escarpada pared de arena. No se veía lo que había más allá, pero de allí venían los disparos, y solo volvían alemanes y policías a por nuevas filas» (*op. cit.*). Se olvida la obscena esclavitud impuesta a los propios ucranianos por el nazismo: «Los ucranianos eran llevados a un mercado especial, donde los campesinos alemanes, los *Bauern*, pasaban por las filas, elegían, miraban los dientes, tocaban los músculos y compraban, pagando de cinco a veinte marcos por persona» (*op. cit.*).

Todo esto, por odio al ruso y al comunista, se olvida. Y así es como nuestra propia historia e identidad moral y política se reescribe, y el maligno genio del fascismo, que el constitucionalismo democrático había tratado de confinar, reaparece, escapando precipitada y alegremente de la vieja lámpara de Aladino representada por la doctrina jurídica y constitucional europea. *Hostis ante portas* (el enemigo está a las puertas).

Traducción de Ricardo Bonet